



NUM. 2. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE ENERO DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO RICO Y EXTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XIII

REVISTA DE LA SEMANA.



e ha asegurado por ahora la paz de Europa, mal que pese á los profetas de disturbios y conflagraciones. Los padrinos ó árbitros discuten mano á mano en París, después de tanto ruido, lo que pudiera resolver en cualquier aldea un alcalde de monterilla. Las grandes proporciones que

la cuestion tomaba en la ardiente fantasía de los publicistas han desaparecido como por ensalmo, viniendo á quedar reducida á una mera cuestion de desacato ó de masías recíprocas entre dos naciones celosas que ha de resolverse por el código internacional de buena crianza. Todo lo que se creia puesto en tela de discusion, todas las materias de verdadera gravedad y seriedad que parecian mezcladas en el fondo de la contienda turco-helénica, como aguardando inmediata solucion, no sólo no se resuelven, sino que los padrinos de los beligerantes las han excluido por completo del programa de su exámen. Nada se dirá sobre lo que constituye la cuestion de Oriente. De la integridad del otomano imperio se prohíbe hablar en la conferencia, y el mismo silencio ha de guardarse acerca de si Turquía debe hacerse mas europea, ó Grecia mas bizantina. Los negocios serios para mañana. Hoy por hoy, los amigables componedores se reunen para averiguar, si el gobierno de Atenas sacó los pies del plato y cometió algún exceso ó falta de respeto hácia la Puerta, y si esta señora, resentida por la falta, se salió tambien de quicio al demandar satisfacciones.

Hé aquí el ratoncillo que ha venido á dar á luz esa gran montaña de dificultades.

La verdad es, que las disputas del jaez y de la albarda en que terció el hidalgo manchego, son y serán siempre la burla mas acabada de todas las contiendas de los hombres, y parecen el espejo de los sucesos que presenciarnos. Hay tanta oposicion de intereses, tanta malicia, tanta obcecacion y tantos pelillos de que asirse entre las naciones, que á poco que una se extralimita ó levanta la voz, encuentra quien la azuze, quien haga un mundo de un nonada, quien se entrometa y aumente la confusion, quien gane con la discordia, quien traiga á la cuestion su albarda, y quien saque sus pergaminos como los cuadrilleros. La Grecia, se dice ahora, que no hubiera sacado tanto el cuello, si no tuviese á la espalda al emperador de Rusia dispuesto á socorrerla á un mal correr de los dados. La Turquía no se habria mostrado tan altanera y exigente en su *ultimatum*, si el emperador de Austria no estuviera al oido alentándola con su proteccion. En medio de esto, ha llegado á afirmarse, que esta querrela no ha sido mas que un juego ó especie de sainete para llamar la atencion, mientras grandes actores se preparaban á representar la gran comedia. Todo es posible; pero como deciamos en la anterior revista, el instinto de conservacion es poderoso en los pueblos, y por esta vez haré un golpe en vago los atizadores ocultos de la discordia.

Resultado: Ha hecho ver la Turquía que tiene una marina de guerra muy respetable para ser turca, y que cuenta con un almirante valeroso y entendido; y Grecia, por su parte, muestra que existe en su seno ese espíritu de independencia que ennoblece á un pueblo en medio de la tiranía y de la servidumbre por fuerza mayor impuestas.

Triste cosa es que la emancipacion completa de los helenos envuelva una perturbacion de la paz general de Europa, porque tarde llegará el logro de sus deseos y siempre se romperá el hilo por lo mas delgado. La paz ha vuelto á ponerse de moda, como lo estuvo hace diez y siete años, desde que el oráculo de las Tullerías, al dirigir su palabra el día de año nuevo al cuerpo diplomático, les saludó con el *in terra pax hominibus*. Con todo eso, las naciones siguen la máxima de aquel general inglés, que decía: confianza en Dios y tened la pólvora seca. Víctor Manuel en respuesta á las comisiones de las Cámaras, manifiesta que todos le han ayu-

do con fé y está muy agradecido á sus servicios; pero que no hay seguridad ni ayuda como la de las bayonetas, y lo peor del caso es que tiene razon.

De nuestra antilla hay noticias mas tranquilizadoras, aunque no se pueda decir que cesó el peligro. La insurreccion continúa circunscrita en el departamento oriental, y segun los últimos despachos, las tropas han obtenido victoria en varios encuentros. Semejante situacion no debe ser muy duradera, puesto que personas bien informadas aseguran que la insurreccion de Cuba terminará en el instante mismo en que allí se proclamen y planteen las libertades proclamadas en la Península; y en efecto, nada es mas natural que este deseo de que se goce en Cuba de la misma expansion y se verifiquen las mismas reformas liberales que en la madre patria se disfrutan.

Volviendo á la cual los ojos, aquí sí que hay donde meter las manos en materia de sucesos y aventuras. ¿Cuándo con mas razon se dijo: *año nuevo vida nueva*? Porque lo cierto es, que aunque el almanaque fija á su manera, siguiendo el curso de los planetas, su entrada y su salida; la política, que tambien sigue el movimiento de sus astros, lo fijó para España en el 29 de setiembre, desde cuyo día comenzó verdaderamente entre nosotros año nuevo y vida nueva. Desde entonces somos mayores de edad y ciudadanos en el completo uso de sus derechos, comenzando por el del sufragio, que ya hemos tenido ocasion de poner en práctica para las elecciones municipales; aunque debemos confesar que con timidez propia de aprendices. No es fácil explicar la razon de la falta de entusiasmo mostrada en este ensayo primero, porque una de las bases del edificio de las libertades cívicas, es la constitucion del municipio. Sin duda el pueblo español reserva todo el empuje de que es capaz para las elecciones de los diputados, y no ha querido gastar su fuerza en esta escaramuza.

En efecto, la próxima reunion de la Asamblea Constituyente concentra hoy día la atencion pública de manera, que los tristes sucesos de Málaga con toda su gravedad y la honda sensacion producida, no han podido entibiar el entusiasmo ni debilitar la energia con que se atiende á los preliminares de esa grandiosa representacion nacional en donde ha de labrarse el porvenir de España. Los manifiestos de hombres importantes que aspiran á ser legisladores, son tan numerosos como llenos de consoladoras esperanzas para el

triunfo de los sanos principios de economía, moralidad y reformas en la administración pública de que tanta necesidad tenemos, y todo conspira á hacernos creer, que acaso sea este el último período de convulsiones y conmociones profundas que atraviese la desdichada España, sedienta de paz y digna de mejor suerte.

Por lo demás, bien puede asegurarse que nunca dió ejemplo de mayor animación y vida política. Las reuniones públicas se suceden unas á otras, rivalizando todas en entusiasmo. Los ateneos y academias abren sus puertas á la enseñanza é ilustración de todas las clases. Los periódicos se multiplican con rapidez asombrosa, escediendo en número á toda ponderación y á lo que era de esperar de nuestra afición á la lectura é intervención en los negocios públicos; y finalmente, las prensas no descansan, lanzando á cada hora á la escitada curiosidad de los españoles ininidad de obras políticas, ya en el estilo sereno y en la forma permanente del libro, ya en el apasionado del folleto, ya en el violento y declamatorio de la hoja volante, ya por último, en el picante y chistoso del periodismo callejero. Esperamos, pues, que de este caos resulte el orden, y de esta efervescencia el reposado y tranquilo movimiento generador del bienestar de las naciones.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

LIBROS Y PERIODICOS.

Los fines y principios de año son época notable en los anales tipográficos, y no será inoportuno echar una ojeada sobre el movimiento de las prensas en este período, ya que no en todas las naciones civilizadas, por lo menos en Francia, de cuya actividad acostumbramos á sacar algun provecho; en Inglaterra, que sin duda es, entre nuestras vecinas, la que mas empresas acomete en punto á difusión de conocimientos útiles, y en nuestra propia patria, que hoy, con las libertades proclamadas, da señales inequívocas de animación y vida.

Entre los libros notables últimamente publicados en Francia, mencionaremos el de I. Girodeau, colección de cartas escritas á un periódico de París con el título de *Nuestras costumbres políticas*.

Bien triste es por cierto el estado de dichas costumbres, y aunque el autor cree que Napoleon va conduciendo á la Francia á gobernarse por sí misma, no está hoy en mejores condiciones para conseguirlo que ahora treinta años.

El autor pretende mostrar que si el gobierno constitucional ha naufragado tan á menudo, no es por culpa del piloto sino de la tripulación; y de aquí la necesidad de que el pueblo tenga un buen aprendizaje, calcado en estas dos bases: verdadero interés en los negocios públicos, y respeto á las leyes. Parece esta obra una de las muchas inspiradas en los gabinetes de las Tullerías, y publicadas como de cosecha particular de un autor independiente.

César y sus contemporáneos, de S. Delorme, es un resumen de una época de la historia romana, no hecho con el objeto de mostrar que hay semejanzas entre el César y Roma, y el Emperador y la Francia: Dios nos libre de tal pensamiento; pero tanto hablar del César entre los franceses, se hace ya algo sospechoso. Nuestros lectores pueden recordar los siguientes títulos: *Tácito y su siglo*, de Dubois-Guchan; *La era de los Césares*, de Romieu; *Tiberio y la herencia de Augusto*, de Beulé; *La Historia Romana en Roma*, de Ampere, y sobre todo *La vida de Julio César*, de Luis Napoleon, que parece no tener otro propósito que demostrar como hallándose la Francia en el siglo XIX en la misma situación que Roma bajo el imperio de César, debe ser gobernada de igual manera.

El conde d'Alton-Shee, antiguo Par de Francia, ha publicado sus *Memorias*, que tienen algun interés por las noticias que dá respecto á hombres notables como Guizot y Berryer, y por contener la historia completa del período que se estiende desde 1826 á 1839, en que cayó el conde de Molé. Este libro ofrece tambien el carácter de auto-biografía, y como suele acontecer entre los franceses, contiene detalles que no habia necesidad de referir, por el poco provecho que de ellos saca la moral.

La *Libertad de pensar*, de Víctor Guichard, admite gustoso todas las religiones, cultos credos y opiniones, con tal que no usen de otros medios que la persuasión para la propaganda. Un libro precioso de M. P. Lacombe, con el título de *Mis derechos*, tiene por objeto ilustrar á los obreros y rústicos, sobre administración, leyes y política. *La moral para todos*, de A. Franck, pica mas alto que el anterior, y enseñando la ética condena la doctrina utilitaria. Esplica el autor la naturaleza de los deberes del hombre con respecto á sí mismo y á sus semejantes, y concluye afirmando que las leyes de la ética, traen su sanción de aquellas verdades religiosas elementales que, hasta ciertos límites, se encuentran en todas las sociedades existentes.

Interesante es tambien para ciertas clases la obra de F. Ducuing intitulada. *La Guerra de las Montañas*, en la que se pintan los grandes esfuerzos y particulares

incidentes de las operaciones de Zumalacárregui, en 1834-35.

En otro capítulo importante habla el autor del sistema de colonización de Francia, que tan pobres resultados ha ofrecido en todas partes, de lo que puede colegirse que esta nación no es á propósito para tales empresas. En efecto, Francia ha introducido en todos los puntos del globo los principios de la civilización; pero en ninguno se ven las huellas de su poder. Segun el autor, depende ésto, de que los franceses son muy desinteresados en sus miras de llevar por do quiera la antorcha del progreso; lo cual se ajusta bien con aquella declaración de su actual emperador, á todas luces quijotesca, en el buen sentido de la palabra, de que la Francia toma siempre las armas y combate por una idea.

El incansable L. Giquier, ha ofrecido en las pasadas Navidades, uno de esos volúmenes recreativos que salen de sus manos con frecuencia, con el título de *Cuadros de la naturaleza*. El novísimo se intitula: *Los mamíferos*, y tiene bellas ilustraciones.

Otra publicación de esta especie ha salido de las infatigables prensas de Hachette y compañía, que trata de las Maravillas del fondo del Mar. Y ¿cómo podemos llegar á verlas? Tomad, dice, mi aparato de bucear, que consiste en un vestido, mitad cuero y mitad lana, un cajoncito á la espalda lleno de aire comprimido, y con un antifaz ó careta de cristal que protege el rostro, el curioso investigador está en disposición de aventurarse á bajar hasta la profundidad de 180 pies, y sufrir nada menos que el enorme peso de siete atmósferas. Sin bajar mas en el abismo inexplorado, encontrará hartas maravillas de formas de vida animal y vegetal con que excitar la atención de los sabios.

Con el mismo título de *Maravillas*, ha escrito Guillermo Depping las propias de la fuerza y de la maña, refiriendo anécdotas curiosas de héroes y atletas antiguos. Es libro de mucho recreo.

En punto á viajes, un traductor ha ofrecido en compendio los de Tomás Baines y los capitanes Speke y Grant, intitulados: *Viaje por el Sudoeste del Africa*, y *Los orígenes del Nilo*.

Las *Memorias del destierro*, de Mad. Quinet, y *Milton, su vida y sus obras*, de Edmundo de Guerle, son obras que han llamado la atención en lo general; mientras que en ciertos círculos se lee con avidez la descripción de la campaña de 1813, contenida en el volumen 25.º de la *Correspondencia de Napoleon I*. Finalmente, al doctor Montucci se debe una obra, en que condena como tiránicas las asociaciones inglesas llamadas *Trades' Unions*, que no deja de tener importancia, despues de las grandes polémicas que hubo en Inglaterra á consecuencia del *strike* de los sastres y zapateros, en que hubo grandes excesos y violencias por parte de las juntas directivas y socios de estas corporaciones protectoras de los industriales contra los amos y empresarios. Otro dia continuaremos hablando de Inglaterra.

X. X. X.

REVOLUCION MORAL.

Brillante y magnífica es la civilización de nuestro siglo, viejo acicalado, compuesto y engraido, que al cumplir sus 68 diciembres, pasea el mundo haciendo alarde de sus pasmosas conquistas, con que ha enriquecido al arte y la ciencia, y ostentando en su pecho espléndida medalla obtenida en esos soberbios templos de la paz, llamados exposiciones, honra de nuestra edad, y ejemplo para nuestros hijos.

Pero toda medalla tiene su reverso; y el siglo XIX, viejo marrullero, cuida mucho de ocultar el de la suya, que es bien triste. Procura distraer la atención, desvaneciéndola con la embriaguez orgullosa de sus victorias y conquistas. A veces lo consigue; pero bien pronto á la ilusión óptica sucede desconsoladora realidad.

En efecto; el reverso de la rica medalla de nuestra civilización es, ni mas ni menos, el atraso inexplicable en que permanece la educación de la mujer, atraso que necesariamente se refleja en el de la sociedad entera.

Vuestra educación, amigas mías, es muy superficial. No se tienen en cuenta las cualidades características de vuestro sexo; y el hombre cree haberlo hecho todo, al proveer á ciertas necesidades y exigencias de la moda, con haceros accesibles las superfluidades de esos ramos de adorno, como la música, el dibujo, la poesía, algun idioma, y á lo mas un poco de historia.

Se olvida vuestra educación, porque se prescinde de vuestra dignidad, y casi puede asegurarse que se desconoce vuestra vocación.

Necesariamente ha de resultar una monstruosa contradicción entre lo que sois y lo que debierais ser. El hombre que no os ha instruido, que no se ha cuidado de utilizar las ventajosas dotes de vuestra alma delicada, os exige, no obstante, inmensos sacrificios de amor y abnegación; y vosotras los consumais. No ha fortalecido las debilidades inherentes á vuestro sexo, pero se cree autorizado para convertirlos en objeto de su burla; y si esas debilidades llegan á ser faltas, él es el juez inexorable que os condena á oprobio sin apelación.

¿Semejante proceder es injusticia, ó acaso ironía? No; mas bien es egoísmo; pero lleva su merecido.

Se exige que una mujer sea religiosa; nada mas razonable. Pero ¿qué es y de qué trata la religion? De las cuestiones mas abstractas y metafísicas que abarca la inteligencia humana. Y entonces se nos presenta este inflexible dilema: O la mujer ha de estudiar con la profundidad que se requiere esas cuestiones, en cuyo caso llega á ser ridículamente calificada de *marisabidilla*, y todo el mundo huye de su empalagosa sabiduría: ó carece de esas nociones, y por consiguiente ni sabrá defenderse del mal, porque no sabe discernirlo del bien, ni podrá escoger con acierto entre lo verdadero y lo falso. Resulta que, sabía es objeto de burla; ignorante está incapacitada de llenar su santa misión.

Excepcion hecha de un reducido número de entre vosotras, simpáticas lectoras, á quienes las dulzuras y comodidades de la vida pueden proporcionar cultura ¿no es verdad que la mayoría, la gran mayoría de nuestras mujeres gimen bajo el peso abrumador de una muy grande ignorancia?

Y el hombre, injusto por demás, amparado de la superioridad del sexo y de la ciencia que su egoísmo monopoliza, os hace objeto de sus sangrientos epigramas, y hasta se complace en ridiculizaros. Constantemente vemos citas de textos sagrados y dichos de los Padres de la Iglesia, á propósito de cualquiera cuestión, en que se os escarnece y deprime. Abundan las poesías dedicadas á sacar á plaza defectos y debilidades femeniles. Poetas dramáticos contemporáneos nuestros os han maltratado en la escena. Hasta en la prensa política es indispensable que procaz gacetero refiera insultos chistes y anécdotas picantes en que la mujer ha de ser obligada víctima.

Para el cumplimiento de los altos deberes de madre, como de esposa, se requieren muchas circunstancias: vosotras las llenais siempre cumplidamente; y lo que os falta de instrucción lo suple con creces el caudal inagotable de amor, de ternura y abnegación con que santificais el hogar. ¡Cuánto mas fácil seria vuestra tarea, fortificada por una educación mas amplia y sólida de la que os concede el hombre!

Se os acusa de superficialidad, de inclinación á los placeres del lujo y los adornos; pero ¿se hace algo por desarrollar seriamente la riqueza intelectual y moral que atesorais?

La mujer casada ha de carecer de voluntad, de inteligencia, de aptitud para el trabajo y los negocios; pero muere el marido, y declarada jefe de la familia ha de adquirir repentinamente todas esas cualidades, para dirigir con acierto la casa, esa misma mujer momentos antes incapacitada.

Se realiza un matrimonio; y aun cuando sea bajo los auspicios de identidad de posición material, de edad, de inclinaciones y de afectos, es frecuente que no se establezca la verdadera confianza, la corriente de simpatías que debieran hacer dulce y grato aquel lazo indisoluble. La causa de este fenómeno tan general está en la superior educación del hombre, á la que el talento de la esposa necesita hacer esfuerzos superiores para hallar compensación con raudales de ternura que logren estrechar la intimidad conyugal.

Sin intento de ocuparnos del cúmulo de sofismas con que la moda, entre gentes de tono, defiende las ventajas del celibato, porque difícil seria encontrar razones sólidas que rebatir; basta atenerse á lo comun que es, en todas las clases sociales, oír á personas juiciosas anatematizar los inconvenientes del matrimonio. Todo ello no es sino puro egoísmo de parte del hombre, que lamenta una libertad perdida y de la que verdaderamente no sabría qué hacerse. Por supuesto, que desde que existen casinos y cafés, menos fundamento tienen esas quejas del hombre. En buen hora que durante el día éste se entregue á cuidar de sus negocios, al desempeño de sus funciones si ejerce un cargo público, á la vida social y á las relaciones indispensables en el trato de gentes: pero ¿no es verdad que la noche, ó una parte de ella, debe el padre de familia consagrarla á los placeres del hogar con su esposa y con sus hijos? Por desgracia hay pocos maridos dóciles á esos sencillos encantos; que los mas buscan solaz en la agitación de esos centros sociales de donde se excluye á la mujer.

En nuestros dias el hombre consagra el dia al trabajo, y la noche á los placeres superficiales que le brindan esos brillantes sibaríticos establecimientos, alejándoles de sus mas puros afectos.

La mujer, sin embargo, se encuentra vengada por esa misma sociedad; y de ello tenemos un ejemplo elocuente á la vista. Hoy se agita entre los partidos políticos la cuestión magna acerca del grado de cultura de los pueblos para que sabia y prudentemente disfruten del cúmulo de libertades que les ha conquistado la revolución de setiembre. Las opiniones no pueden estar más divididas; cada parcialidad ostenta y defiende la suya; pero más elocuente que todas es la verdad que, á través de la agitación política, logra hacerse paso y demostrar con la poderosa lógica de la ciencia estadística el estado de nuestra ilustración.

¡Cuán terribles cargos pudieran dirigirse á una sociedad que ha gastado inmensos tesoros en multitud de objetos de interés problemático, mientras que tan li-

mitados esfuerzos ha consagrado á la gloriosa conquista de la inteligencia humana! Ese tupido velo de ignorancia que cual losa de plomo gravita sobre la mayoría de nuestros conciudadanos, apenas se ha intentado romperlo para hacer penetrar un rayo de luz en el alma de multitud de seres entregados á Satanás, que es la ignorancia.

Y no se nos diga, en defensa de las ineficaces mejoras planteadas, que la sociedad ha hecho algo, no; por que sobre ineficaces han sido mezquinas y desacertadas. Parece como que se desconoce la influencia de la mujer en la educación popular, que era el gran resorte, la poderosa palanca para acometer la obra de desamortizar ese inmenso caudal de inteligencia que vigoriza y regenera á los pueblos. Así es que hoy por hoy, después de más de cuarenta años de luchas intestinas, llegado el momento en que los pueblos han sacudido el yugo que les oprimía, al entrar en el ejercicio de sus libertades, se encuentran con la gravísima dificultad de no estar preparados para disfrutarlas, y no saben qué hacer de sus codiciados derechos.

Con razon dice un escritor contemporáneo: si queréis conocer si un pueblo sabe ser libre, averiguad ante todo el estado de ilustración de la mujer en ese pueblo.

Ya lo veis, amables lectoras: sois el nervio de la sociedad. Cuando ésta os olvida, sufre ella misma en sus hijos, en su ilustración, como en su prosperidad, el castigo de su falta. El hombre conserva toda su vida el sello de las impresiones que en sus tiernos años gravó en el corazón el cariño materno: negaros vuestra dulce y legítima influencia es contrariar los propósitos de la naturaleza; es detener á la humanidad en el camino de su perfeccionamiento. La sociedad que así obra, sufre el castigo.

Una reflexión para concluir, cuya trascendencia se encierra en estas dos palabras: LAS QUINTAS. Desdeñamos por su atraso y ferocidad los tiempos primitivos y la edad media en que no se comprendía al hombre perfecto sino armado hasta los dientes. ¿Y qué?

Hoy lo hemos arreglado de otro modo; por supuesto, hipocresía pura. La civilización ha desarmado al hombre; pero en cambio ha armado á la colectividad; y esa funesta creación de ejércitos permanentes desmiente la cultura de que hacemos alarde. La guerra nunca será mas que una brutalidad: la paz armada es la ironía de la época.

Las desventuras, los gastos ruinosos, las lágrimas arrancadas á la madre por la partida de su hijo al ejército, la efusión de sangre en combates fratricidas y criminales por sustentar derechos acaso imaginarios; todas esas desdichas forman el anacronismo de nuestra pretenciosa civilización; todas desaparecerían si la sociedad se sometiese á la benéfica influencia de la mujer. Su conjunto es el reverso de la medalla que ostenta sobre su pecho el siglo XIX.

Mientras el hombre no sea justo con su hermosa mitad, no logrará afianzar de un modo estable la ventura y la paz.

C. BRUNET.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Agitándose hoy la cuestión de Gibraltar á que se refiere la siguiente curiosa y bien escrita epístola de este distinguido *hispano-philó*, creemos que tendrán nuestros lectores agradable pasatiempo al ver la manera con que un buen ingenio defiende una mala causa. Por lo demás, no olvidaremos responder á este famoso personaje, seguros de que reconocerá con ingenuidad cualquier error en que haya podido incurrir.

GIBRALTAR.

SR. D. NICOLÁS DIAZ BENJUMEA:

Lisboa 24 de Noviembre de 1868.

Mi querido amigo y dueño: En el acreditado periódico de Madrid, LA POLÍTICA, del sábado 21 de los corrientes, he leído el artículo que usted publica bajo su firma y con el epígrafe de *España regenerada, España reintegrada*. Cumplido elogio tributa mi desvalida pluma al patriotismo que rebosa en su trabajo de usted, y al castizo lenguaje con que usted sabe expresar sus ideas. Creo, amigo D. Nicolás, que la galantería de usted, el afecto con que me honra, mi avanzadísima edad, y sobre todo, el no ser ni español, ni inglés, serán disculpa bastante para que le manifieste mi parecer completamente diverso y del todo opuesto al que usted ha sentado en el artículo á que me refiero. Yo, no tan solo sostengo la conveniencia de que Gibraltar siga en poder de los ingleses, sino que creo que sus paisanos de usted debían ceder á dicha poderosa nación, algunos otros pueblos del territorio de la península. No se espante usted, y recuerde aquello de *pega, pero escucha*.

Si es error, yo estoy en el error de que la extensión del territorio nada tiene que ver con la prepotencia y felicidad de un país.—Lo mismo valdría hoy España con todo lo que perdió el rey Felipe IV, que valdrá

mañana siendo dueña de Portugal y Gibraltar.—El buen gobierno, el verdadero patriotismo, el desarrollo del comercio y el floreciente estado de la Hacienda, esto, amigo mío, y no que los linderos de la patria vayan aqueando ó allende, es lo que da importancia á una nación.—Si el estado habitual de su país de usted, en lo que va corrido del siglo XIX, ha sido de turbulencias y desgracias, mas desgracias y mas turbulencias hubiesen ustedes tenido á ser mayor la extensión de la ex-monarquía española.

Voy á referir á usted cuál es el motivo de mi afecto al Gibraltar de los Ingleses. En el mes de julio de este año de 1868, hice una expedición á Alcalá de los Gazules, Jimena, Gaucin, Casares y otros pueblos y despoblados de aquella tan agreste como deliciosa región de Andalucía. Mucho gocé en mi viaje, llegando hasta encontrar agradable el célebre *gazpacho*, del cual tanto me habia reído cuando solo por descripciones conocía este raro y extravagante alimento. Después de cruzar los valles y despenaderos, que aquí llaman *caminos*, y que cuando mas, lo serán para lobos ó conejos; después de recorrer lugares como Algotocin, Benadali ó Benarrabá, donde toda incomodidad tiene su asiento; después de hospedarnos en ventas y mesones, que ni para caballos delicados son buenas, y en las cuales no tuvimos ni aun la ración de mal mojado y peor cocido bacallao, después de mil lances traducidos siempre de un modo festivo por mis alegres compañeros de viaje, llegamos á San Roque, pueblo importante, donde yo creía, según lo que me contaban, hallar buena cama y mediano alimento. No tome usted, amigo Benjumea, á cuento de extranjero lo que voy á referirle. De la posada en que nos alojamos, recuerdo dos particularidades: la una que la posadera tenía el mismo defecto que Horacio Cocles; y la otra que al llegar la hora del almuerzo, se presentó un alguacil, llamando en nombre de la justicia al dueño de la posada, que era demandado para el cumplimiento de cierto contrato. Produjo esto gran alarma en la casa, y no fue pequeña la que me causó que el patron, llevándonos á la cocina, nos dijese las siguientes palabras: «Señores; en estas sartenes se halla el almuerzo para ustedes; poco le falta para estar listo; aquí está el chocolate; yo me tengo que marchar: acaben ustedes de guisar, y sirvánselo ustedes, pues yo tiempo de que la justicia se me eche encima.»

La risa de mis compañeros me hizo hallar mérito á la escena que describo: me puse un mandil, y como usted sabe que no soy ageno á la culinaria, adreché los platos de nuestro desayuno: otro desempeñé el papel de mozo de comedor y sazonomos la mesa con la persecución que la justicia española, (temible según la opinión general) hacia al buen Bachicha, que así creo se llamaba nuestro huésped.

Pues bien, amigo mío, si usted se fija en que la mayoría de los pueblos y posadas españolas se hallan hoy como en tiempos de Don Quijote; si usted me concede que en la actualidad son aplicables aquellas palabras de Cervantes cuando dice *que la abundancia de las hosterías de Italia y Francia se recuerda al pasar por la estrechez é incomodidades de las ventas y mesones de España*; si lady Herbert (*impressions of Spain—in 1866.—London 1867.*) entusiasta como pocas y dispensadora de elogios á los españoles estampa, «que en las fondas no hay ni comodidad ni nada que comer ó beber; que todo en este país es malo y primitivo; que á quien viaja por estudio bien puede gustarle todo esto, pero no al que lo hace por negocios, que debe renegar de tanta rudeza;» si usted me concede todo esto, ¿no quiere usted que hable con pasión del Gibraltar inglés, del pueblo en que las calles son calles, las casas son casas, las fondas son fondas, la comida es comida y las camas son camas? ¿Qué sería Gibraltar en manos de españoles? Un presidio triste, una Peña Roquera, un aduar de pescadores, un pueblo semejante á Ceuta ó á Melilla. En poder de los ingleses es aquello una admirable muestra de lo que puede la industria sobre la naturaleza; un reto del hombre para convertir en agradable mansión á una estéril roca; un punto del globo donde el pensador y el geólogo contemplan á la par la obra de Dios y la obra de la criatura.

Y prescindiendo de las antedichas ventajas, puramente materiales si se quiere llamarlas así, prescindiendo de ellas, repito, ¿se ha fijado usted, amigo mío, en que el peñón de Gibraltar ha sido para los españoles un lugar de asilo y de refugio? En el período de medio siglo ¿cuántas víctimas de la tiranía del despotismo ó de la tiranía de la libertad no han salvado su vida bajo aquel pabellón del magnánimo pueblo inglés? ¿Cuántos castellanos ilustres viven hoy porque Gibraltar pertenece á la Gran Bretaña?

He hablado á usted de la antigua Calpe comparada con los humildes pueblos españoles que se hallan en sus cercanías, y usted me responderá que nada extraña es la superioridad que sobre ellos tiene la colonia inglesa. Por esta causa referiré á usted mi entrada y salida en Gibraltar para compararla con mi arribo á la célebre y cultísima ciudad de Cádiz.

Menos de un minuto tardó un atento *policeman* inglés, alojado en una muy decente oficina, en tomar

nuestros nombres y darnos la papeleta donde los escribió. Entregado tal documento al dueño de la fonda donde nos hospedamos, éste cuidó, sin ningún trabajo por nuestra parte, de conseguir el permiso necesario para permanecer en la ciudad. Salimos de ella el viernes 31 de julio de 1868, á las seis de la mañana, en el vapor *Alegria* mandado por el capitán don Perez, y fuimos trasladados á bordo de dicho buque en un limpio y cómodo bote, tripulado por dos hombres, á los cuales abonamos una peseta, quedando muy reconocidos á nuestra paga; que sin duda consideraron generosa (1).

—Ya entramos en España y empieza Cristo á padecer, me dijo mi compañero. Efectivamente, al llegar á Algeciras, se presentó una lancha vieja, súcia y rampóna: entraron en el vapor los señores que en ella venían, obsequiaronlos en la cámara con licores y cigarrillos, permanecieron allí tres cuartos de hora y se volvieron después á tierra. Como noté que nada hicieron en el buque, pregunté y me explicó el capitán que aquella inútil demora era una formalidad de las leyes marítimas llamada *visita de sanidad*. Yo creo que en dos minutos hubieran cumplido este requisito, cualesquiera que no fuesen españoles; pero en su tierra de usted todo se hace *poquito á poco*, con el indispensable cigarro y la no menos indispensable *mano de conversacion*.

Entre otros pasajeros iban cuatro militares vestidos de uniforme, y una señorita de Sevilla, cuyo apellido, si mal no recuerdo era Cañaverol. Llegamos con felicidad á Cádiz y dimos fondo á las cinco en punto de la tarde. Ocho dependientes de la Hacienda (creo que llamados carabineros) se presentaron en el acto, recogieron todo el equipaje de los pasajeros, y lo arrojaron desordenadamente en un sólo bote. Exigí recibo de mi pequeña maleta y no me fue concedido: pedí ir sólo en una lancha y también se me negó. Parece, pues, que las ordenanzas españolas mandan que equipajes y viajeros, si estos no quieren exponerse á perder de vista sus sacos de noche, han de ir juntos en una sola embarcación. Así sucedió, y conducidos á modo de baules y mezclados con paquetes, fardos y colchones, llegamos al muelle de Cádiz, donde hubo que abonar por flete de cada persona tres reales (según arancel oficial) y otros tres por cada bulto, ya fuese un *abanico*, ya una *caja de azúcar*, según me dijo el jefe ó capataz de aquel pequeño ejército de alhameles.

Abonado este rescate, me creía yo libre y desembarazado, pero me equivoqué de medio á medio. Puestos en tierra los bultos, contados y repasados por los carabineros, y escaltados, á modo de criminales, por seis de ellos, caminamos hasta la Aduana. La puerta del local donde el registro debía verificarse se hallaba cerrada. Detuvimos en la calle (en la calle, amigo Benjumea!) hacinadas nuestras maletas sobre las baldosas, y yo tuve la inocencia de sospechar que aquella espera sería de pocos minutos. Segundo engaño, pues á pesar de la ira y autoridad y avisos y protestas de los militares que como pasajeros venían, tardó mas de media hora en llegar un portero que con admirable calma abrió la puerta de madera, tras de ella otra de hierro y luego una tercera que nos dió franco ingreso á una especie de sombrío foso de la muralla de Cádiz. Allí hubo segunda demora (de sólo veinte minutos) hasta que vino un empleado de la Aduana, que haciéndonos entrar en un súcio y oscuro almacén ó sótano, desprovisto de todo mueble y hasta sin baldosas en su suelo, registró con todo despacio algunos de los fardos y baules. Resultado de todo; que llegamos á Cádiz á las cinco de la tarde y hasta las ocho y media de la noche no penetré en mi posada. Yo respeto las leyes y disposiciones de todos los países, pero lo que no puedo consentir, á pesar de mi flema alemana, es el modo con que el mas humilde empleado español considera á la individualidad que forma parte del público. He recorrido toda la Europa y gran parte de la América, y ni el Czar de Rusia trata á sus esclavos como en España se trata al súbdito español por los delegados de su gobierno. No me quejo de los registros: me quejo si amargamente de la vejación que se sufre, y de esperar una hora y otra hora en medio de una calle pública la llegada del vista ó comisario de Aduana.

Parecíame que en una tierra donde todo esto sucede, era imposible que penetrasen efectos de ilícito comercio. Pues por esas anomalías raras, que ustedes los españoles entenderán y que yo no comprendo, sucede lo contrario, ó al menos en la *Gaceta de Madrid*, leí un real decreto (Hacienda 27 julio 1868) en cuyo preámbulo se estampaba con todas sus letras *que después de un maduro exámen no puede menos de convenirse... en que el aumento de contrabando... es principalmente el origen de los considerables perjuicios... que sufren los intereses del Tesoro*.

He sido demasiado minucioso y prolijo, y he citado nombres y fechas, para que los incrédulos no achaquen mi relato á exageraciones de extranjero que de España se ocupa. Vea usted pues las razones en que me fundo

(1) Nunca tributaré bastante gratitud á mi compañero en esta expedición don José Emilio P. de F., oficial de la Marina Española. Contribuyó con sus conocimientos y con su chiste á hacer agradable el viaje sacando partido de risa y de broma hasta de las contradicciones que nos ocurrían.

para opinar que Gibraltar debe pertenecer para siempre á los ingleses. Allí tienen ustedes un ejemplo práctico del orden, del respeto á la persona, de la buena administración de justicia, de la verdadera libertad. Creo que es una gloria para España respetar la posesión que el inglés tiene del pueblo de que nos ocupamos, y avanzo hasta decir, como indiqué al principio de esta carta, que así como en las ciudades populosas hay de cuando

en cuando una plaza con fuentes y árboles que halaguen la vista y purifiquen el aire, así también debía haber en cada provincia de España un par de Gibraltares que moral y materialmente sirviesen como barómetros ó casos prácticos de las ideas que más arriba dejo apuntadas, y que hoy aparecen por escrito en la cabeza de una gran parte de los periódicos españoles. Sabe usted que soy afectísimo de su país de usted,

pero esto no me priva de conocer lo que hay de malo (¿dónde no existen males?) en esa tierra. Usted mismo, con su singular y privilegiado tacto, y despojándose por un momento del fanatismo patriótico, convendrá en que como dice un ilustre escritor castellano: «La sociedad humana para las almas filosóficas y cristianas, no reconoce mas límites ni fronteras que la ilustración y la virtud, y allí donde hay saber sólido,



NAUFRAGIO DEL VAPOR «HIBERNIA» COPIADO DE UN DIBUJO HECHO POR UNO DE LOS PASAJEROS.

»y buena conciencia, y suaves costumbres, está la patria del hombre ilustrado y de bien: mas hermano nuestro es el amigo que se entiende é identifica con nosotros en espíritu y en verdad, que el descastado que no puede alegar mas relaciones que las sacadas de un árbol genealógico.»

Figúrome, pues, que usted, amigo Benjumea, es mas amigo y profesa mas afecto á los ingleses de Gibraltar que á sus paisanos de usted, los que han turbado el orden recientemente en Málaga ó Antequera; y calculo que usted preferiría hoy por hoy residir en la colonia inglesa, mejor que en cualquiera de las susodichas ciudades españolas. Creo con Alfonso Karr, que la palabra *patriotismo* es muy vaga y que conduce á muchos errores.

Ya con la pluma en la mano he de decir á usted todo lo que me ocurre. En el epígrafe de su artículo califica usted á España de *regenerada*. No comprendo

la idea que se ha querido expresar con dicha palabra. Si usted alude ó quiere decir que esta *regeneración* es debida al cambio social y político ocurrido en la península, me permitirá usted algunas observaciones. España se halla en posición de regenerarse si *puede, sabe y quiere* hacerlo: de presente solo le cuadra el epíteto de *revolucionada*: su país de usted se encuentra en la *primera línea* del prólogo, y aun tiene que recorrer la lectura de largos volúmenes. Si usted sale de este puerto de Lisboa, por ejemplo, en una magnífica fragata con intención de dar la vuelta al mundo, ¿considerará usted su viaje como ya pasado á la primera singladura? O valiéndome de otro simil, llamará usted *estátua* al hermoso pedazo de mármol que ha de pasar á manos del escultor, pero que aun no ha desbastado el picapedrero! Creo que no. Espero que España se regenerará y confío en que no será estéril su última y presente revolución. Quiera el cielo,

como se lo pido, que no digan en Europa (como algunos creen) que ustedes los españoles son ingobernables).

Perdone usted los dislates en que habré incurrido (que no serán pocos) y crea que, ya conformes, ya disconformes en opiniones, siempre es de usted con muy gran voluntad apasionado amigo y servidor

DOCTOR THEBUSSEM.

NAUFRAGIO DEL VAPOR «HIBERNIA.»

COPIADO DE UN DIBUJO HECHO POR UNO DE LOS PASAJEROS.

La pérdida de este hermoso buque, de que tan o se ha hablado en los periódicos, elogiando el comportamiento de los capitanes Munro y Talbot, y que nuestro

grabado representa en el acto de desaparecer en los profundos senos del Océano, ha venido á aumentar el triste catálogo de siniestros que conmemora el registro del *Lloyd* con la impasibilidad propia del estadista; pero que viene á confirmar nuevamente la razon con que los antiguos decían que tuvo corazon de triplicado bronce el primero que se lanzó en una nave á ser juguete de las incontrastables olas. Aunque los detalles de estas tragedias marítimas son diversos en cada caso, siempre hay en ellas una cosa comun digna de admiracion, y es el valor, la heroicidad y la resignacion de que dan pruebas los naufragos en aquellos momentos terribles, en que parece que la fuerza de los caracteres se centuplica, y la certeza del peligro iguala en energia á los mas pusilánimes y débiles.

El reciente naufragio ha ofrecido variedad de accidentes, y no menores pruebas de esa serenidad propia del carácter de los ingleses. Combatido el *Hibernia* por terribles y espantosos huracanes en su viaje desde Nueva York á Glasgow, se vió inundado por las olas, y espuesto á una catástrofe inminente, cuando se hallaba á distancia de 700 millas del Poniente de Irlanda. Todos los recursos posibles de salvacion se habian intentado sin éxito, y con el mayor orden, bajo la entendida direccion

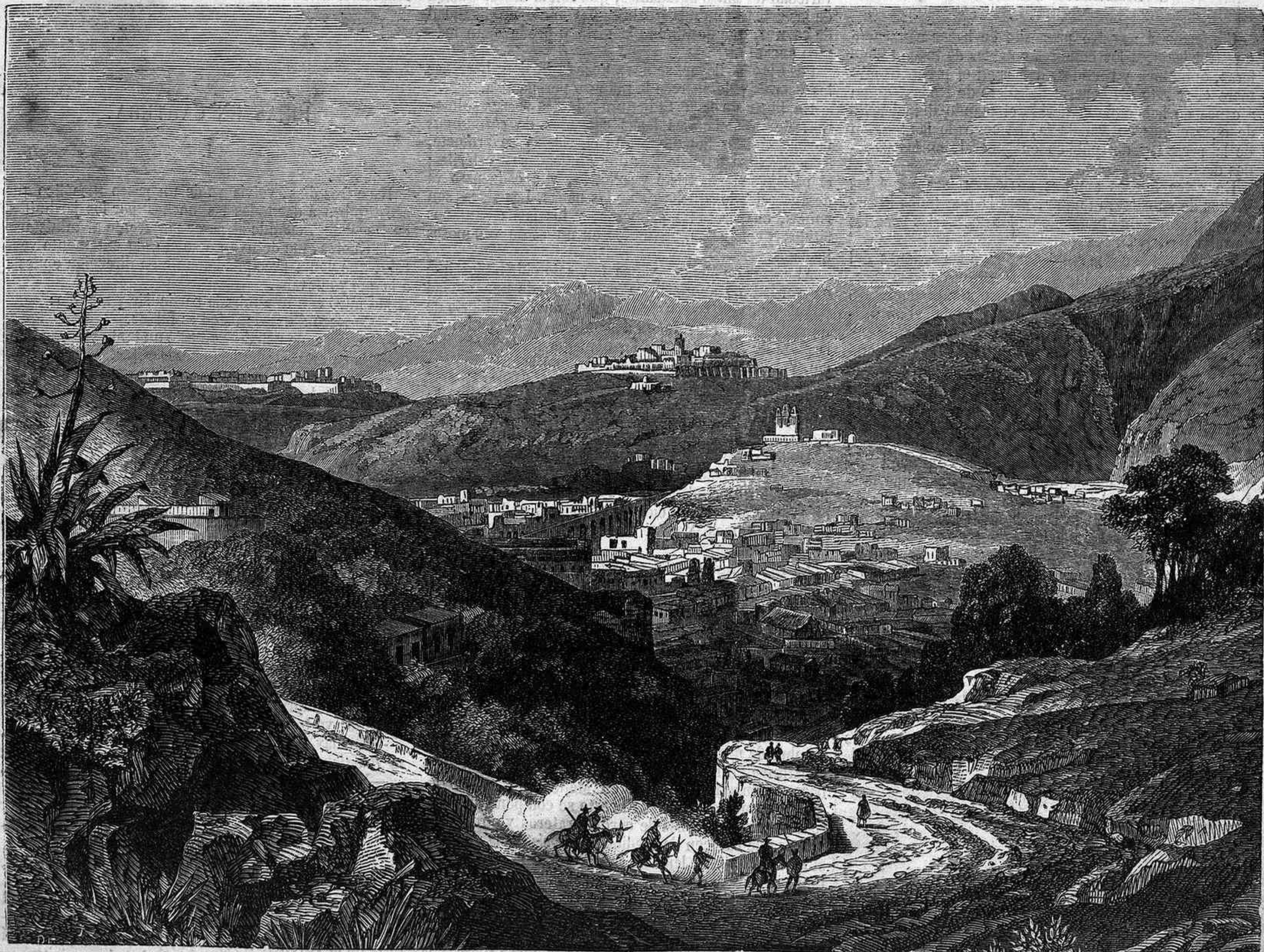


EL GENERAL DON ANTONIO CABALLERO DE RODAS.

de su capitan Munro. Cuando éste dió la orden de preparar los botes salva-vidas, ya el vapor iba hundiéndose rápidamente, sin que tan critica situacion hubiese influido en desconcertar el ánimo de cerca de doscientos pasajeros que se encontraban á bordo, los cuales se portaron admirablemente segun confesion del capitan, ayudando á los infatigables marineros en sus múltiples y penosas maniobras.

Dispuestos los botes entre las dificultades y peligros que las agitadas olas oponian, como pueden ver nuestros lectores en el grabado, pintura exacta hecha por uno de los sobrevivientes á aquella catástrofe, el capitan dispuso que las señoras se distribuyesen en la proporcion debida en los cuatro botes de que disponian. Esta operacion se verificó amarrándolas por la cintura con cuerdas y en medio del mayor silencio, aunque todos tenían por cierto, que confiarse á aquellas barquillas á tanta distancia de la tierra, era como entregarse en brazos de la muerte. Este es uno de los episodios extraños de la tragedia del *Hibernia*, porqué el instinto de la propia conservacion, exaltado á la proximidad de un gran peligro, suele ofrecer escenas dolorosas de excitacion y lucha en casos semejantes.

Cada bote fue provisto con las municiones que se



MÉJICO.—VISTA GENERAL DE GUANAJUATO, TERRITORIO DE SUS MAS AFAMADAS MINAS.

puieron hallar, puesto que en aquel momento eran impenetrables todos los departamentos del buque. El capitán, último de los tripulantes que abandonaron el vapor, sólo llevaba en el suyo dos barriles de galletas, algunas conservas y tres cuarterolas de agua: y aun de estas provisiones tuvieron que arrojar parte al agua para poder sostenerse en el bote que se inundaba de continuo. En esta situación y apartadas unas de otras las barquillas, el capitán y sus compañeros tuvieron el sentimiento de ver volcar el bote donde iba el segundo con treinta y tres personas y que se hallaba á una milla de distancia, sin poder prestarles ningun auxilio á causa de la fuerza del huracán y de lo atestada de gente que se hallaba su barquilla.

En esta situación terrible, en que las señoras tuvieron que quitarse hasta sus manteletas y abrigos, convertidas en obstáculos para la seguridad, por la fuerza con que el viento azotaba, tuvieron la suerte de ser vistos y recogidos por el buque *Star of Hope*, cuyo nombre, *Estrella de Esperanza*, lo fue sin duda para aquellos naufragos. Lo primero que hizo el capitán Munro [fue rogar al capitán Talbot, del buque salvador, que hiciesen una búsqueda para rescatar á los de las otras tres barquillas, la que dió por resultado, despues de algunas horas, el hallazgo del bote del contraestre recogido inmediatamente á bordo. Los dos restantes no pudieron ser hallados.

Lo particular de este caso es, que el bote que volcó á vista del capitán, pudo llegar á la costa de Donegal con el segundo capitán y dos marineros. Como era salvadas, él mismo se enderezó, despues de haber estado quilla arriba por cuatro horas, logrando algunos meterse dentro. Pero de entre estos, dos pasajeros se arrojaron al agua el primer día: al tercero, se tiró otro, fatigado de tanto martirio, y cinco mas perecieron por el frío y el hambre. Créese que los otros dos botes se hayan perdido, aumentando así la cifra de las víctimas con que cada año paga la humanidad tributo al temeroso elemento. Hallen sus almas descanso en el seguro puerto de aquel que al bravo mar puso límites de leve arena.

D. B.

CABALLERO DE RODAS.

Conforme á nuestro propósito de hacer conocer á nuestros lectores los hombres notables de todas las esferas, opiniones y partidos, damos en el presente número el retrato del general Caballero de Rodas, quien á causa de habersele conferido el mando del ejército de operaciones en Andalucía, ha ocupado la atención de la prensa y del público en general, en los pasados días.

En estos ligeros apuntes nos concretaremos á los hechos de su carrera militar, para la que todos le reconocen ámpliamente dotado de las necesarias prendas de valor y energía.

Desde 1854, en que se hizo notar, á las órdenes del general Dulce, por su arrojo en la acción de Vicálvaro, de la que salió herido gravemente, su nombre comenzó á hacerse notorio, aumentando esta notoriedad su participación en la campaña contra los marroquíes.

Desterrado por el anterior gobierno á la isla de Lanzarote á causa de los planes con que se preparaba la revolución felizmente llevada á término, se embarcó en el Vulcano, y pudo quedarse en Las Palmas, prestando el mal estado de su salud. De dicha ciudad salió con sus compañeros en la noche del 15 de setiembre en el vapor *Buenaventura*, que le condujo á España, y á punto y ocasión de tomar la parte importante que le cupo en la memorable y gloriosa batalla de Alcolea, en la que pudo contribuir al ansiado triunfo que cambió la situación política de nuestra patria.

Nombrado teniente general y director de artillería, el gobierno le confió el mando de capitán general de Andalucía y del ejército de operaciones en aquel territorio, en cuyo desempeño se han sucedido los graves acontecimientos que han ocupado la atención pública en estos días, y que tanto han puesto á prueba las cualidades de un jefe militar.

Concluida esta misión y disuelto el ejército, ha regresado á Madrid para encargarse de la dirección general que le había sido confiada, y en cuyo puesto tendrá ocasión de mostrar su pericia y conocimientos militares.

MEJICO.

Al abandonar á *Rio Frio*, eminencia de la cordillera que separa á Puebla de Méjico, el viajero no puede menos de estremecerse al ver descender la diligencia á todo escape en la peligrosa cuesta que le conduce á la inmensa planicie de Anahuac. En medio de terribles vaivenes, los pobres pasajeros salen de aquel desfili-

ro peligroso y favorito de los salteadores á fuerza de prodigios de equilibrio, y gracias á la protección especial de la Providencia; pero en cambio rendidos y molidos como alheña.

Sin embargo, la primera clara que se ve luego entre los negros pinos, los indemniza ámpliamente de los pasados sufrimientos. Saliendo del bosque la diligencia, se halla de repente en medio de áridas llanuras en que hay diseminados algunos manzanos silvestres y algunas manchas de cultivo.

Desde allí se divisa todo el valle que es en verdad un magnífico espectáculo.

A la izquierda y en segundo término, por encima de los pinos, la montaña Ixtaccihualt (la mujer de nieve) deslumbra con su reverberación. El pico dista unas cuatro leguas, y sin embargo parece que se le toca con la mano, gracias á la pureza de la atmósfera.

Mas allá, y en la misma dirección, el Popocatepetl, la mas alta cima de Méjico, y el volcan mas bello del globo, eleva á cerca de 18,000 pies su orgullosa cabeza. A los pies de estos dos reyes de la cordillera, se estiende la magnífica llanura de Amecameca, sembrada de siempre verdes plantíos; aquí y allá surgen, rompiendo la monotonía de las líneas, esas eminencias de extraordinarias formas, productos volcánicos coronados de pinabets aislados en la llanura de Méjico y sin afinidad con la cordillera.

Allí se distinguen el *Sacro monte* de Ameca y los montículos de Halmanalco, pueblecillo abandonado y lleno de ruinas.

Mas abajo aparece Chalco recreándose en el espejo de las aguas de su laguna; y en el fondo *Córdoba*, *Buena Vista*, *Ayotla*, cuyo nombre ha hecho célebre la política; á lo lejos el *Peñon*, la gran calzada que separa la laguna de Ayotla del lago de Texcoco; y en fin, la reina de las colonias españolas, Méjico, cuyas murallas blanquean, y cuyas cúpulas resplandecen á los rayos del sol benigno y generador.

Por encima se dilata la vista sobre las colinas donde aparecen San Agustín, San Angel y Tambaya; un poco á la izquierda, el templo de Nuestra Señora de Guadalupe se destaca sobre el fondo negro de la montaña, y atravesando el lago, la sombra del gran Texcoco viene á fijar la mirada del atónito viajero.

Por todas partes se ven aldeas, pueblecillos y lagunas que forman un panorama espléndido.

Un sol resplandeciente derrama profusamente tal variedad de tintas agradables, que son la desesperación de los artistas; en una palabra, hay tanta prodigalidad de colores, que deslumbra la vista y produce un mágico encanto.

Pero ¡ay! al llegar, se desvanece la ilusión; bórrense los colores y desaparece la mágica perspectiva.

En lugar de la fértil llanura, de las verdes palmeras, de los deliciosos lagos cargados de *chinampas* floridas ó islas flotantes, que el viajero se promete, solo atraviesa fatigado llanuras abrasadas y estériles; el paisaje se torna triste y solitario, y á cada paso va desapareciendo aquel país de las hadas. Las aldeas son ruinas, chaparros las palmeras, y los lagos pantanos fétidos y cenagosos, envueltos en nubes de venenosos insectos.

Al entrar en Méjico, véanse tan solo chiribitiles que en verdad no anuncian la existencia de una ciudad populosa: calles sucias, casas bajas, pueblo cubierto de harapos; pero muy luego desemboca la diligencia en la plaza de Armas, que la forman, por un lado el palacio, y la catedral por otro. Ya aquello parece una capital.

A pocos pasos divisa el viajero el antiguo palacio de Iturbide, donde bajo sus antes dorados techos, encuentra la hospitalidad propia de una fonda.

Méjico pierde todos los días algo de su fisonomía extranjera: las colonias alemanas, inglesas y francesas han dado á la ciudad cierto carácter europeo, y sólo en los barrios se nota cierto aire propio de la localidad que describimos. Y aquí viene, como de molde, una ligera digresión.

La estadística calcula en 200,000 habitantes la población de Méjico. Es harto exagerado el cálculo. Nosotros creemos acercarnos mas á la verdad, concediéndole sólo 150,000. Por lo demás, y en punto á geografía, tenemos que acusarnos de grandes errores, pues carecemos absolutamente de estadística del comercio.

Suponiendo que tenga Méjico 200,000 habitantes ¿no será útil decir qué clase de gentes componen esta población? ¿No sería necesario advertir al viajero ó al hombre de negocios, que de esta cifra de 200,000 que constituye en Europa una gran población, por lo que hace al consumo, sólo hay en Méjico 25 ó 30,000 individuos que consuman? El resto se compone de léperos, mendigos, mozos de cordel, rateros y otros individuos que carecen de medios de subsistencia, y viven al día. Esta clase, lejos de traer nada á la circulación, tiende á paralizarla de día en día y sólo vive á espensas del resto de los vecinos.

¡Cuántos creen en Europa no tener que habérselas en Méjico sino con salvajes, y se imaginan aun ver un pueblo viviendo bajo las palmeras con la cabeza y la cintura adornadas de plumas! Los malos grabados hacen mas daño de lo que se piensa, hablando mas viva-

mente al espíritu del pueblo que los libros, que no lee, y perpetúan en él errores deplorables. Citan en Méjico la historia de un pobre diablo, que fué á Vera-Cruz con una pacotilla de espejos, cuchillos y otras pequeñas zarandajas y que, como era de esperar, se arruinó.

Quisiera yo describir al mejicano, y no sé como hacerlo: puede considerársele bajo tantos aspectos, que hay que hacer un gran estudio para ello.

Yo, por mi parte, no he recibido de él mas que servicios de poca importancia, y he visto siempre en él una atención solícita estremada: es obsequioso en mayor grado que el europeo, olvidadizo en promesas y palabras; pero nunca se desmiente su solicitud.

El mejicano conserva aun del español esta ingenua locucion de que se sirve á cada instante. *Es tambien de usted señor; ó á la disposicion de usted.*—¡Gran reló! dice uno admirándolo.—Es de usted, contesta inmediatamente!—¡Buen caballo!—*Está á la disposicion de usted.*

Sin curarse en lo mas mínimo del día de mañana, el mejicano gasta el dinero procedente del juego con la misma facilidad que el de su trabajo. En su concepto parece que ambas ganancias tienen el mismo valor.

Acostumbrado en materia de gobierno á cambios continuos, el hecho consumado es su ley, y testigo de las escandalosas fortunas de algunos comerciantes, la política lo pierde, la pereza lo corrompe, y el juego lo desmoraliza. Recibiendo sólo una educación superficial y conservando el orgullo del español, menosprecia por lo general el comercio, y prefiere vivir miserablemente con algun empleo. Es soldado por afición, y no le sale mal negocio cuando se le paga, cosa muy rara en los tiempos que corremos. Mas de un coronel me ha pedido dos francos y medio para sustentarse.

Pero en último extremo, siempre queda al empleado como al militar un recurso, que es el del pronunciamiento.

Todos sabemos lo que es el pronunciamiento.

Pierdo mi empleo, y naturalmente, el gobierno ya no me conviene: en su consecuencia, me pronuncio.

Me dejan á media paga: me pronuncio.

Formo mi plan, agrupo en torno mio á los descontentos desocupados, atraigo tambien á los descamisados y formo un núcleo de fuerza. Con ella destruyo una diligencia, invado un villorrio, despojo una hacienda: estoy, en una palabra, pronunciado.

Lo hago por el bien de la república. ¿Qué hay que responder á esto?

(Se continuará.)

Z.

IDEAS EN CARTERA.

I.

Hace tres días, volvía yo de un paseo filosófico que acostumbró á dar todas las noches por los jardillos de Recoletos, cuando al pasar por frente al ministerio de la Guerra, me detuvo un sujeto, decentemente vestido, que venía precipitadamente en dirección opuesta á la que yo llevaba.

Me miró con una mirada particular y me dijo:

—Conozco á usted: usted es fulano.

—Servidor de usted—contesté un tanto sorprendido.

—Usted escribe: he leído cosas suyas.

—Tengo esa gloriosa desgracia, que no será tan grande si le han gustado á usted.

—Así, así, usted tiene algunos defectillos como escritor.

—¿Cuáles?

—Falta de pensamientos y de estilo.

—Mil gracias.

—Y me alegro de haber encontrado á usted. Nuestro encuentro no será estéril.

Medió una breve pausa. El desconocido sacó de su bolsillo una cartera muy abultada y prosiguió diciendo:

—Dentro de una hora voy á suicidarme.

—¡Demonio!

—Sí, amigo mio: dentro de una hora habré abierto la entornada puerta que desde este *esterquilinium* que se llama vida, da paso á yo no sé donde.

—¡Pero hombre!...

—Nada, suprima usted las reflexiones: todas serian en vano: yo tengo una enfermedad incurable.

—No hay ninguna que lo sea, existiendo la *deliciosa Revalenta arábica*.

—Mi enfermedad es moral y mortal: padezco la nostalgia de la República.

—Ah.

—Y como temo no llegar nunca al país de mis sueños, voy á buscar el de la eternidad.

Quise replicarle; pero interrumpiéndome con viveza, prosiguió:

—En el afán de ser útil á mi país y de contribuir al realizamiento de mi ideal, pensé en escribir una historia de la revolución española, pero una copla que oí cantar ayer, me ha hecho desistir de mi propósito.

—¡Una copla! interrumpí yo.

—Sí, amigo, una copla que dice así:

Escribíste en la arena,
y firmáste en la mar,
y el viento fue tu testigo...
¡Vaya una seguridad!

Arena movediza, mar que se escapa de entre las manos, viento incoloro, intangible é invisible: tal es la Revolución.

—Permitame usted que difiera...

—Difiera usted cuanto guste; pero no me haga perder el tiempo. Tenga usted esta cartera: en ella encontrará algunos apuntes para la obra en que pensaba ocuparme: aprovéchelos ó rómpalos, según le plazca.

Tomé la cartera sin darme cuenta de lo que hacia. El futuro suicida se embozó en su capa que á mí me pareció un sudario y se alejó con la mayor rapidez.

Pasado el primer momento de sorpresa, quise gritar, busqué con la vista á algún individuo del nuevo cuerpo de orden público; pero aunque quizá habria alguno en aquel sitio, como era de noche, no pude ver los colores nacionales en ninguna bocamanga.

Entre tanto el desconocido habia desaparecido, torciendo la esquina de la casa de Alcañices ó Sesto ó Alburquerque.

Corrí al Prado; pero en toda la estension de este paseo, aunque hallé varios bultos, no el de la persona que buscaba...

Ayer publicaba *La Correspondencia* el siguiente suelto:

«Anteayer fue hallado el cadáver de un hombre en las inmediaciones de Carabanchel. Supónese que este desgraciado atentara contra su existencia, pues al lado del cadáver fue encontrado un revolver con dos tiros descargados.»

¿Seria este cadáver el del nostálgico republicano?

II.

La cartera del presunto suicida era muy curiosa. Contenia varios objetos y papeles de que no creo oportuno hacer mencion; pues pertenecen á la vida íntima; pero como algunos otros se refieren á la cosa pública, me aprovecharé del beneplácito del muerto.

Irélos extractando sin orden, sin hilacion, en fragmentos, tal como los encontré: en ellos hay algunas ideas, que quizá pueden ensancharse, prender y fructificar.

Haré honor á la poesia: comenzaré por una estrofa, que no es mala, aunque nada dice de particular. Por lo visto el suicida era poeta y me estraña que, siéndolo, no se hubiera ahorrado el trabajo de suicidarse.

La estrofa decia así:

«El porvenir del mundo
Nacerá en las riberas apartadas
Do Marañon profundo,
Coloso de los rios espumante,
Olas flami-rolladas
Impele aun mas allá del mar de Atlante.
Pero rasgad lo escrito, en torpe mofa
Para mengua del viejo Continente,
Y vierta sangre la sangrienta estrofa:
Que la valiente idea
Debe cantarla quien valiente sea!»

Las señoras de Sevilla piden el *statu quo*: las señoras de Huesca abogan por la libertad de cultos ¿qué es esto, qué señoras son estas, con quiénes vamos á ser galantes, señoras mias?...

La ex-reina de España va á dar un banquete dentro de un año en su ex-palacio de Madrid, en obsequio de un personaje ruso. El príncipe *terso*, tiene ya nombrado su futuro embajador en Lóndres. Los reyes y los príncipes se ejercitan en el billar y están aprendiendo á hacer efectos de retroceso...

Federales, unitarios, híbridos, Montpensier, Castelar, Aosta, Edimburgo, Dios salve al país, empréstito lento, el enano amarillo, el general Bum Bum. ¿Quién llevará el gato al agua?

¿Y si hay gato y agua no?

Se están haciendo los preparativos de boda: la novia espera, el novio tambien, los papás y los parientes esperan del mismo modo, va á ser un matrimonio feliz; pero hay que contar con la suegra...

«Sucede á veces que, aun contra los principios, contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, contra el voto universal, contra el gobierno de todos por todos, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre; de sus aflicciones, de sus miasmas, de su ignorancia, de sus tinieblas, esa gran desesperada, la canalla, protesta y el populacho da la batalla al pueblo.

Los mendigos atacan el derecho comun; la oclocracia se subleva.»

¡Nubes!

F. MORENO GODINO.

EL AMOR.

Yo soy el rayo,—la dulce brisa,
lágrima ardiente,—fresca sonrisa,
flor peregrina,—rama tronchada;

yo soy quien vibra
flecha acerada.

Hay en mi esencia como en las flores
de mil perfumes suaves vapores;
y su fragancia fascinadora
trastorna el alma de quien adora.
Yo mis aromas doquier prodigo,
y el mas horrible dolor mitigo:
y en grato, dulce, tierno delirio,
cambio el mas duro, cruel martirio.
¡Ay! yo encadeno los corazones
mas son de flores mis eslabones.

Navego por los mares
voy por el viento;
alejo los pesares
del pensamiento.

Yo dicha ó pena
reparto á los mortales
con faz serena.

Poder terrible—que en mis antojos,
brota sonrisas—ó brota enojos:
poder que abrasa—un alma helada;
si airado vibro
flecha acerada.

Doy las dulces sonrisas á las hermosas
coloro sus mejillas de nieve y rosas;
humedezco sus labios, y á sus miradas
hago prometer dichas no imaginadas.
Yo hago amable el reposo, grato halagüeño;
ó alejo de los seres el dulce sueño.
Porque doy la constancia, ó la falsía,
y no hay fuerza que venza la fuerza mia.
Pues que desde el más noble, al más pechero,
es mi ley para todos templado acero.

Si me comprenden
soy la ventura,
mas si no entienden
la dicha pura
que les ofrezco,
desgraciados los seres
que yo aborrezco.

Todo á mi poderío—rinde homenaje,
todos á mi corona—dan vasallaje;
soy amor rey del mundo—niña tirana,
ámame, y tú la reina
serás mañana.

SONETO.

Prosigue, oh mundo, en tu revuelta usanza,
alas presta al tirano poderoso,
sube al soberbio, abaja al virtuoso,
ciego reparte buena y malandanza.

Mata del noble pecho la esperanza,
corta en su flor el tallo vigoroso,
llena de hiel el corazon dichoso,
que á tantos males tu poder alcanza.

Mas quien quiera que seas, fortuna, sino,
espíritu del mal, cruel destino,
que este piélagos riges alterado,
no puedes ciego en la feroz tormenta
el orgullo abatir que el pecho alienta
al verse injustamente desgraciado.

N. D. B.

El número de obras impresas en la Gran Bretaña en el pasado año es extraordinario y arroja la proporcion siguiente: Obras sobre asuntos teológicos, 984; de educacion, filología y literatura clásica, 446; libros para niños, 524; novelas, 408; sobre legislacion, 340; sobre ciencias, artes y Bellas Artes, 429; economía política, tráfico y comercio, 397; viajes é investigaciones geográficas, 238; historia y biografía, 237; poesia y obras dramáticas, 217; publicaciones anuales, 225; sobre medicina y cirugía, 193; y de otras diversas materias, 418.

Háblase de un descubrimiento útil hecho recientemente por Mr. Hogg, el cual consiste en la produccion de una luz intensa por medio del siguiente procedimiento. Mézclase el gas con aire atmosférico, y puesto en combustion se le hace pasar por una red de alambres de iridio-platina. Cuando estos alambres se calientan desaparece la llama y en su lugar se produce una luz blanquísima, que resiste á las mas fuertes bocanadas de viento, y á la mas copiosa lluvia. Una luz semejante se ha obtenido en Francia; pero con mucha mayor cantidad de gas y la necesidad de emplear dos tubos, en uno de los cuales va el aire comprimido. Por medio de la luz Hogg, se pueden hacer fotografías.

RUFINA

Ó UNA TERRIBLE HISTORIA.

(CONTINUACION.)

Ya estaba yo casi decidido á manifestar á mis alegres camaradas mi determinacion de no apartarme del hogar. Ellos sin duda lo comprendieron así, y en el semblante de todos empezó á pintarse una especie de desconsuelo, que me conmovió profundamente; tanto, que á pesar de las observaciones de mi madre y de mis instintivas comparaciones, por no pecar con ellos de ingratitude, hice ensillar mi caballo y preparar algunas municiones de boca, y á las nueve en punto, cubiertos de espesas mantas y calado hasta los ojos el sombrero, salimos al campo, sin temor á la lluvia que caia á torrentes, y nos dirigimos á unos naranjales, que están como á una legua de la poblacion, llamados las Huertas de Cebollilla.

II.

LA CERCA DEL DIAULO Y EL POZO DEL CONDENADO.

Cuando salimos del pueblo, la oscuridad era tan intensa, que no se veia á dos palmos de distancia; pero mis amigos, prácticos en el terreno, se colocaron delante de mi caballo, y marchaban con una seguridad como si estuviéramos en mitad del dia.

Para entretener el camino, me refirieron minuciosamente la manera de verificar la caza, que, por ser muy original, no quiero dejar de contarla á mis lectores.

El zorzal, que es ave harto conocida, y por tanto no me detengo en describir, pasa en el mediodía de España toda la estacion de invierno, retirándose hácia las provincias del Norte, para anidar, desde que se anuncia la primavera.

Durante su permanencia en Andalucía, habita generalmente entre los zarzales y malezas de los bosques y en los olivares mas sombríos, donde el fruto de estos árboles les sirve de habitual sustento.

Si el tiempo está sereno y la atmósfera despejada, duerme en el primer árbol donde le sorprende la noche; pero al primer amago de tempestad ó de lluvia, su instinto le lleva á buscar un resguardo contra la intemperie en los árboles mas cubiertos de hojas, y que por sus condiciones especiales pueden ofrecerle mejor amparo.

Esta es la razon sin duda por qué en las noches de temporal acuden á los naranjales desde largas distancias, porque este árbol, con sus muchas hojas y tupido follaje, les ofrece las garantías que no pueden hallar en ningun otro.

Guiados tambien por su instinto de conservacion, escogen siempre aquellas ramas menos espuestas á la lluvia y á los embates del viento, y entre estas, las mas bajas, que suelen ser las mas resguardadas.

El pájaro en cuestion, que tiene la desgracia de ser tan sabroso, y que durante el dia suele guardar muy bien su pellejo de las asechanzas continuas de sus aficionadores, sólo se deja sorprender en las noches en que el mal tiempo le intimida y acobarda; y el hombre cruel sabe aprovecharse de la ayuda que le prestan los elementos.

La caza, por lo demás, es extraordinariamente sencilla, y no se necesitan para ella otros aparatos que una linterna de forma especial, y una especie de paleta ancha y larga como la mano, y con un mango, á manera de baston, á que se halla adherida por uno de sus extremos.

Un solo individuo puede manejar fácilmente ambos instrumentos, por poca que sea su práctica; pero hay mas seguridad cuando la operacion se hace á duo, llevando el uno la linterna y el otro la pala.

La linterna que nosotros llevábamos, por su materia y por su forma, merece una especial descripcion, que vamos á hacer.

El ingenioso artífice no habia pedido sino al reino vegetal las primeras materias para construir su aparato; pero este llenaba tan perfectamente las condiciones de su objeto, que el mismo Robinson hubiera tenido envidia al examinarlo.

Hay en Andalucía una especie de calabazas de forma cilíndrica, que suelen llegar hasta un metro y algo mas de longitud y la sexta ú octava parte de diámetro; el extremo adherido á la planta es casi siempre de figura irregular, y afecta hasta cierto punto la forma esferoidea; pero en su prolongacion hácia el extremo opuesto, ó sea el de la flor, su estructura es perfectamente la de un cilindro que se redondea en su remate á manera de fanal.

La corteza de estas calabazas adquiere con la madurez la consistencia que tienen esas otras, llamadas de cuello ó de peregrino, y que en algunos países sustituyen en los usos domésticos de las casas pobres á las botellas y otros receptáculos; sobre todo, cuando están cortadas en sazon y bien curadas al humo. Una de aquellas habia servido á mi amigo para formar su linterna, aprovechando la parte terminada en fanal; ajustando á su base un pedazo de corcho sostenido en su centro por una caña, cuyo tubo, penetrando en el interior, hacia el oficio de candelero, y en el este-



TIPOS INDIOS EN MÉJICO.

rrior servía de mango para elevarla á la altura conveniente. La luz salía por una abertura rectangular practicada en la calabaza, cerca de su base, y la vela ardía dentro admirablemente, resguardada por todos lados del viento y de la lluvia, y proyectaba sin oscilar la luz en un reducido espacio, dejando todo lo demás envuelto en sombras.

Para cazar, el de la linterna va siempre delante, caminando con lentitud, para que no se perciba el ruido de sus pasos, dirige la luz hacia el sitio en que el zorzal se encuentra, y éste, deslumbrado con la claridad repentina, que hiere sus ojos, permanece inmóvil, hasta que el otro cazador, provisto de la paleta, le asesta un golpe mortal que le hace caer al suelo.

Descrita ya esta caza original con todos los pormenores, que mis buenos amigos encontraban deliciosos, continuaré la descripción de nuestro malhadado viaje.

La lluvia no había cesado de caer á torrentes, durante el camino; apenas podíamos movernos debajo de nuestras mantas empapadas por el agua; pero decían todos que aquello era una diversión, y yo me divertía también, por no contradecirles.

Cuando íbamos llegando á la primera huerta, la lluvia cesó, y la noche empezó á serenarse. Yo les manifesté francamente mi alegría; pero ellos, por el contrario, se quejaban, diciendo que la falta del temporal podía hacer inútiles todos nuestros sacrificios.

Y así sucedió en efecto: la luna apareció entre las ligeras nubes, últimos restos de aquella improvisada tempestad, y nuestros codiciados zorzales huían delante de nosotros mucho antes de que llegáramos á los árboles en que estaban posados.

Malograda así nuestra expedición, no nos quedaba mas recurso que volver al pueblo; pero yo temía la rechifla de los que me habían aconsejado quedarme en casa; por otra parte, casi todos íbamos provistos de escopetas; las municiones de boca eran abundantes para hacer á lo menos dos buenas comidas con sus correspondientes libaciones; el día siguiente no era de trabajo, y propuse á mis camaradas pasar el resto de la noche en la primera choza que nos pudiera dar albergue, donde enjugáramos nuestras mantas, reposaríamos hasta el amanecer, y luego encomendaríamos al plomo el éxito que habíamos esperado de la linterna.

Aceptada mi proposición por unanimidad, pregunté á uno de ellos, á quien suponía mas práctico, qué dirección debíamos tomar, para llegar mas pronto á un paraje que nos ofreciese lo que deseábamos.

—Cerca de aquí, me respondió este, hay una senda que conduce á un buen caserío; pero es necesario rodear muelo, para no pasar junto al pozo del condenado, que, sobre todo en noches como esta, despiden fuego.

Al oír estas palabras, no pude contenerme, y solté una carcajada.

Todos entonces se apresuraron á certificarme que el hecho era seguro, y que ellos mismos habían visto mas de una vez el fuego de que nuestro joven compañero me hablaba.

Viendo yo la formalidad con que todos á porfía trataban de convencerme, formé empeño en que pasásemos por el sitio indicado; pero no hubo forma de persuadirlos.

Mi curiosidad se hallaba en extremo escitada; había oído referir vagamente en mi niñez que hacia aquel sitio había un paraje llamado la cerca del diablo, y sobre esto les hice varias preguntas; pero ninguno de ellos supo satisfacerlas. Entonces el mas joven de to-

dos me dijo: que á poca distancia había una choza de pastores, en la cual habitaba un anciano que sabía muchas historias; que tendría mucho gusto en recibirnos y participar de nuestras provisiones, y que ese sin duda me podría dar noticias ciertas y minuciosas sobre lo que preguntaba.

—El tío Fierabrás, añadió uno de la comitiva, aludiendo al viejo pastor, sabe esa historia como el padre nuestro; mi padre se la ha oído contar muchas veces.

Yo que he gustado siempre de oír esas narraciones, á la vez elocuentes y sencillas, en las cuales hay un fondo admirable de sentimiento, comprendí que me aguardaba en aquella relación un buen desquite de la malhadada caza de zorzales; y, sin aguardar otros pormenores, ni consultar la comodidad que la pobre choza podía ofrecernos, les rogué que me condujesen á ella.

Al cuarto de hora de atravesar por barrancos y matorrales, una masa negruzca é informe se presenta á nuestra vista; un perro furioso salió á recibirnos á alguna distancia, y luego se oyó la voz de un anciano, que, asomándose á la entrada de su albergue, nos preguntó:

—¿Quién va allá?

—No hay cuidado, tío Fierabrás, contestó uno de mis amigos, acariciando al perro y llamándole por su nombre.

—¡Ah! ¿Eres tú, Antonio? dijo el viejo, cuando conoció al que le hablaba.

—Sí, señor, repuso el nombrado; yo, y esta gente, que venimos á pasar la noche en la choza, para salir á cazar cuando venga el día.

—Adelante, hijos míos, adelante, dijo el pastor; y viniendo á tomar mi caballo, que condujo á otra chozita inmediata, nos franqueó con la mayor cordialidad las puertas de aquella mansión, tan solitaria y humilde, como honrada, tranquila y dichosa.

III.

LA HUERFANA DE MADRE.

Cuando el tío Fierabrás volvió á la choza, ya estábamos todos sentados alrededor de la lumbre y habíamos echado en ella algunos manojos de carrascas, cuyos chasquidos se asemejan mucho á un fuego de guerrilla escuchado á lo lejos.

Aquella habitación, formada esclusivamente de pitacos, juncos y cañas, era bastante espaciosa, y estaba construida con toda la solidez posible, atendidos los materiales.

El menaje del pobre pastor estaba reducido á un lecho de paja sobre una especie de catre formado de varetas de mimbre y levantado del suelo por cuatro estacas fijas que le servían de puntos de apoyo. Un gran zurrón de cuero, suspendido por una cuerda entre dos puntales, era el depósito de sus frugales provisiones; un cántaro y varios platos de barro tosco eran toda su vajilla, y para sentarse, no había mas que unas piedras elegidas entre aquellas que al azar presentaban dos superficies paralelas y algun tanto planas.

Para evitar que el fuego del hogar se propagase á las inflamables paredes del edificio, aquel se encendía siempre en medio de la choza, dentro de una escavación circular algo profunda; el techo estaba garantido de las chispas ascendentes por una piel de buey estendida con cuerdas en el sitio que caía perpendicularmente sobre el círculo del hogar.

Me he detenido en estos pormenores, con el doble objeto de dar á conocer lo poco que necesita un hombre para ser dichoso, cuando no conoce ni ambiciona mas de lo que posee, y para dar á mis lectores un conocimiento exacto del lugar en que pasaba la escena.

Luego que nuestro huésped conoció el objeto de nuestra visita, y despues de tomar asiento junto al rescoldo, me dirigió una escrutadora mirada, sin duda para penetrar con qué ánimo me disponía yo á escucharle. Despues me dijo:

—En el semblante de usted conozco que no es usted uno de esos necios burlones que, porque viven en una gran ciudad y visiten de otra manera, se molan de las relaciones del infeliz campesino, y no encuentran en ellas nada que merezca escucharse.

—Así es, le dije yo, tendiéndole la mano con afectuosa gratitud por el concepto que de mí había formado. Por inverosímil que sea la historia que usted va á referirnos, yo le escucharé con atención y silencio; lejos de burlarme de sus palabras, daré á

ellas todo el valor que adquieren al ser próferidas por los labios de un anciano.

El pastor se sonrió con placer, guardó silencio por algunos instantes, como si estuviere coordinando sus ideas, y por ultimo, adoptando una actitud grave y digna y dando á su voz una entonación solemne, comenzó á hablar en esta sustancia.

(Se continuará.)

JOSÉ M. GUTIERREZ DE ALBA.

AVISO.

En nuestro primer número indicamos, que no se remitiría el segundo, sino á los señores suscritores que nos avisasen la renovación de su abono. Lo recordamos nuevamente para que no haya interrupción en el recibo de los números de EL MUSEO.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILÉN, NÚM. 4.—MADRID.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG.